

¡Vaya pícaro!

Salí de la cabina, que olía a perros, y consulté la hora en el reloj octogonal que adornaba el frontispicio¹ de una corsetería: las seis y media. Volví a entrar en la cabina, llamé a información, pedí el número de la RENFE, llamé a la RENFE cuarenta veces y de puro milagro conseguí que me atendieran. El último tren para la Pobla de l'Escorpi salía dentro de veinte minutos de la Estación de Cercanías. Paré un taxi y prometí al taxista una buena propina² si llegábamos a la estación con tiempo para tomar el tren. Hicimos la mitad del trayecto por las aceras³, pero llegamos frente a la estación cuando faltaban sólo dos minutos para la hora de salida. Aprovechando un semáforo⁴ salté del taxi y me escurri⁵ entre los coches apelotonados en la calzada⁶. El taxista no podía abandonar el volante para perseguirme y se limitó a denostarme⁷ con toda su alma. Era la hora en punto cuando entré en el tiznado⁸ vestíbulo y perdí otro minuto en averiguar el andén⁹ correspondiente. Al alcanzar finalmente mi destino, el tren objeto de mis celeridades se estaba formando, término éste muy usual en el habla ferroviaria cuyo significado no acabo de comprender bien. La proverbial impuntualidad de la RENFE me había salvado.

El andén y la estación entera eran un pandemónium¹⁰. Había empezado el caudaloso¹¹ y lucrativo flujo de turistas que año tras año persisten en acudir a este país en busca de las caricias de nuestro sol, el hacinamiento¹² de nuestras playas y el devaluado costo de nuestras pitanzas¹³, compuestas de gazpacho aguado, albóndigas¹⁴ sospechosas y una rodajita de melón. Los desconcertados viajeros se esforzaban en balde¹⁵ por traducir a sus respectivas lenguas lo que unos altavoces gangosos¹⁶ difundían. Al socaire¹⁷ de esta confusión, robé a un niño el cartoncito marrón que había de permitirme viajar en la legalidad. Más tarde presencié cómo la madre del niño abofeteaba¹⁸ a éste ante la mirada estricta del revisor. Me dio un poco de pena, pero me consolé pensando que aquella enseñanza tal vez le fuera útil al niño en el futuro.

Eduardo Mendoza, *El misterio de la cripta embrujada*, 1979

¹ El frontispicio = la fachada

² Una propina: *un pourboire*

³ La acera: *le trottoir*

⁴ Un semáforo: *un feu (rouge, ici)*

⁵ Escurrirse: *se faufiler*

⁶ La calzada: *la chaussée*

⁷ Denostarme = insultarme

⁸ Tiznado = ennegrecido, sucio

⁹ El andén: *le quai*

¹⁰ Un pandemónium = un lugar de mucha gritería y confusión

¹¹ Caudaloso: *à fort débit (pour parler d'un fleuve)*

¹² El hacinamiento = el amontonamiento

¹³ La pitanza = la comida

¹⁴ Albóndigas: *des boulettes de viande (ou de poisson)*

¹⁵ En balde = en vano

¹⁶ Gangoso: *nasillard*

¹⁷ Al socaire = aprovechando

¹⁸ Abofetear: *gifler*